



"Quédate con nosotros" (Lc. 24, 29)

Soy como uno de ellos.
Caminando cabizbajos y meditabundos
con un destino sin sentido;
pasos cansados hacia Emaús,
sin aliento, decepcionados,
invadidos por el desencanto y la perplejidad.
No entiendo nada, nada de nada.

"Él tenía que liberar al pueblo" (Lc. 24, 21)
y todo acabó en una cruz.
En el luminoso horizonte vislumbrado a su vera
hoy sólo quedan nubarrones y noche sin luna.

¿Dónde estás Jesús?
Nos abruman incomprensiones,
división y olvido, angustia y tristeza,
engaño y guerra: ¡tanta injusticia!
Están hechas trizas las ilusiones juveniles
reducidas a futuros inciertos y tierra yerma...
No entiendo nada, nada de nada.
Sin embargo... una lucecita temblorosa,
una brizna de esperanza misteriosa
parece no querer morir contigo.

¿Tal vez **"nuestros ojos son incapaces de reconocerte?"** (cf. Lc. 24, 16).

Hago memoria; nos dijiste:
"No he venido a abolir la ley y los profetas, sino a llevarlos a la plenitud" (cf. Mt. 5, 17).
¿Profetas? Sí, sí;
las antiguas profecías son actuales
"No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo humeante" (Is. 42, 3).

Cierto... soy yo, somos nosotros:
"insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!" (Lc. 24, 25).
No entendemos nada, nada de nada...
o quizás sí.

Hermanas, hermanos:
somos pábilos humeantes,
nos quebramos fácilmente
por los embates de la vida;
nos dañamos mutuamente,
a menudo sin quererlo,
tan sólo por la fragilidad
de nuestra condición humana.

Sin embargo...

"Él cura nuestras heridas" (Is. 53, 5)
derramando, gota a gota, su sangre;
en la cruz nos da Vida
y, con la muerte, su perdón:
"rostro de la misericordia del Padre" (MV 1),
el Dios de las nuevas oportunidades,
resucitado al tercer día.

Él se convierte en nuestra Paz y Alegría
y **"nuestros corazones arden"** (cf. Lc. 24, 32)
al sentirlo presente entre nosotros,
nítido espejo de amor sin límites.

"Quédate con nosotros" (Lc. 24, 29) y
aligera nuestros pasos
hacia horizontes de comunión fraterna;
robustece nuestras rodillas debilitadas
para mantenernos siempre en pie;
alarga nuestros brazos
para abrazar a los hambrientos de afecto;
abre nuestras manos
para que sean generosas al servir;
renueva nuestros corazones
para no dejar a nadie en los márgenes;
llena nuestro espíritu de amor
para acompañarnos con ternura.

El pábilo humeante no se ha apagado;
con la fe compartida,
milagro de su presencia resucitada,
se convierte en antorcha encendida y hoguera:
"es eterna su misericordia" (Salmo 117, 1).

"Quédate con nosotros porque atardece" (cf. Lc. 24, 29),
también, desde el amanecer de cada día.
Quédate con nosotros,
"abre nuestros ojos" (cf. Lc. 24, 31)
para reconocerte viviente
en los rostros de los hermanos,
presencias del gesto creador
del Señor de la Vida,
del **"Padre de las misericordias"** (TCL. 2),
del Dios de las oportunidades
que hace nuevas todas las cosas
"porque realmente ha resucitado" (Lc. 24, 34)
a su Hijo, el Cristo. ¡Aleluya!